

Reseña: Fassin, D. (2016). *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Juan Franco Leiva

Universidad Nacional de General Sarmiento

juanfleiva1996@gmail.com

Didier Fassin es un antropólogo y sociólogo francés que se desempeña actualmente como profesor de Ciencias Sociales en el Institute for Advanced Study de Princeton y como director de estudios en la École des hautes études en sciences sociales (EHESS) de París. Antes de centrar sus investigaciones en las fuerzas de seguridad de los suburbios parisinos, tras obtener su doctorado en medicina y maestría en salud pública, focalizó sus primeros trabajos en la antropología médica de países como Senegal, Ecuador y Sudáfrica, más precisamente, en sus políticas sanitarias y el respectivo trato a problemáticas como el sida, en África del sur, y la mortalidad infantil, en Ecuador. Luego de realizar un giro en su formación académica y adentrarse en las ciencias sociales, desde su perspectiva antropológica se comienza a preocupar por el rol de la policía en los suburbios populares. Con una narración permanente de su trabajo de campo, explicitando cada patrullaje, charlas y actividades compartidas con las fuerzas policiales, Fassin logra construir un trabajo profundamente detallado, exhaustivo y de lectura accesible.

Antes de introducir y analizar los puntos más relevantes de la obra, es sustancial hacer referencia al contexto político y social en que Fassin realiza su trabajo de campo, ya que este es un aspecto que atraviesa su investigación. En el año 2005, cuando comenzaba sus primeras observaciones, se estaban sucediendo en Francia las revueltas callejeras más importantes de las últimas décadas mientras que, simultáneamente, la institución policial endureció su política de seguridad e incrementó el uso de la violencia. Debido a esto, se restringieron aún más las posibilidades de investigación dentro de la fuerza. Este hecho terminó impactando en el trabajo del autor y lo podemos notar claramente con las idas y vueltas que atraviesa para realizar sus observaciones.

El libro inicia con una preocupación vinculada a la dificultad de encontrar un lazo entre la observación científica y la institución policial. Que la policía ya no pueda ser objeto de observación y análisis independiente, inevitablemente lo conduce a la pregunta que recorrerá toda la obra: ¿Qué tendrá para esconder? De esta manera, el objetivo del libro es indagar tal interrogante a través de una etnografía de la fuerza pública. Con un trabajo de campo largo y con permanentes interrupciones, fruto de las trabas burocráticas claramente intencionadas, Fassin analiza a través del método etnográfico el accionar de la brigada



anticriminal (BAC) en las periferias de París, focalizando en su relación con los jóvenes allí residentes, en su gran mayoría inmigrantes.

En términos formales, el libro se divide en siete capítulos, con un prólogo, una introducción, una breve conclusión y, un epílogo. En el primer capítulo, “Situación”, el autor demuestra la importancia que adquiere para las fuerzas de seguridad la creación de una retórica bélica que permita legitimar su lucha contra el crimen, generando de esa manera un imaginario de guerra contra los jóvenes de los suburbios. La representación del suburbio como una selva y de sus habitantes como salvajes lleva a justificar los grandes despliegues de las fuerzas del orden en los diferentes barrios más marginados.

En el segundo capítulo, “Cotidiano”, Fassin se ocupa de describir la vida diaria de la BAC, que contrariamente a lo esperado –y lo representado por diversas series televisivas– se encuentra con un panorama de inactividad muy alto, peregrinaciones sin sentido y muy poca efectividad en el arresto de los delincuentes. Ante esto, el interrogante que recorrerá el capítulo será la utilidad de los patrullajes diarios en los suburbios populares, teniendo en cuenta su poca eficacia para combatir el crimen.

En el tercer capítulo, “Interacciones”, el autor analiza profundamente el sentido de los excesivos controles de identidad que se realizaban diariamente en los barrios más populares concluyendo que esta práctica constituye el fundamento de la actividad policial. Para ello, de forma muy detallada, Fassin describe sus observaciones ligadas a las prácticas y discursos recurrentes de los agentes de la BAC. Y es aquí, en que la categoría nativa de “guacho” (*bâtards*) –forma de referirse despectivamente al joven del barrio periférico– se encuentra muy presente, aludiendo a estos sectores como los enemigos explícitos no solo de las fuerzas, sino también del orden social. De ese modo, con sus indagaciones semanales, Fassin puede dar cuenta que el accionar de las fuerzas de seguridad permiten la reproducción del orden social, quedando el orden público en un segundo plano. Entiendo que tal aspecto es el argumento central en el trabajo del antropólogo francés, mediante el cual logra demostrar el modo en que el poder se constituye en los rituales, como es el caso de los controles de identidad. Así también, se constituye en discurso a través de la retórica bélica con la que se referían los policías a su lucha contra los criminales, encontrando un fuerte arraigo en los medios de comunicación.

En lo que respecta al cuarto capítulo, “Violencias”, Fassin analiza las prácticas llevadas a cabo por parte de los agentes y el uso excesivo de la violencia hacia los jóvenes de los diferentes barrios, detectando dos cuestiones que sintetizan el capítulo. En principio, puede observar que existe una selección y clasificación de la población específica a la que se va a destinar las principales tareas de la fuerza, siendo determinados sectores –los enmarcados en la categoría de “guachos”– los más propensos a sufrir los abusos de autoridad en los controles de identidad. En segundo lugar, ante tales excesos, el autor analiza los diversos modos utilizados para obstaculizar el tratamiento judicial de los sucesos violentos e injustificados llevados a cabo por parte de los agentes de la BAC.

En el capítulo cinco, denominado “Discriminación”, se ocupa de narrar el modo en que el racismo y la discriminación forman parte de la cotidianidad de las fuerzas del orden. Fassin señala que a pesar de que no existe una relación directa entre una ideología racista y una acción discriminatoria, su experiencia con la BAC demuestra lo contrario, ya que esta relación se dio de forma casi permanente. Teniendo en cuenta estas observaciones, en su análisis distingue dos tipos de discriminaciones: la categorial y la estadística. La primera,

basada en los prejuicios, se enmarca en una cuestión ideológica dentro de las fuerzas. La segunda apunta a la eficacia, es decir, si estadísticamente son mayores en número los delitos en los barrios habitados por negros y árabes, como puede corroborar Fassin, estos lugares serán los focos de patrullajes y detenciones.

En el capítulo seis, “Política”, describe el modo en que toda la simbología política se vuelve más ostentosa en el seno de la BAC días antes de las elecciones legislativas, en que los agentes, lejos de toda supuesta neutralidad, tenían posicionamientos político-partidarios explícitos. Para realizar un estudio desde la antropología política, Fassin busca comprender las identidades, experiencias y prácticas de los agentes, para luego de ese trabajo, intentar reflexionar sobre sus representaciones y perspectivas en torno a sus enemigos, los denominados “guachos”. En esta relación conflictiva, el autor puede observar la construcción de sentidos y significados, como también la construcción simbólica de un otro, y claramente, de un nosotros. Entiendo que esta breve mención vinculada a su investigación puede representar de manera notoria las preocupaciones propias de un antropólogo al momento de estudiar un hecho político. Aquí lo simbólico y los rituales posiblemente sean el eje en cuestión, dos aspectos que son creados únicamente por los mismos actores.

Por último, en el capítulo siete, “Moral”, el autor se ocupa de narrar y analizar los diferentes discursos que refieren al sistema judicial por parte de los policías, resaltando la ferviente disconformidad de los agentes con la justicia, ya que la gran mayoría de los casos de arresto terminan archivados y con el detenido en la calle. Debido a esto, Fassin puede detectar en los discursos de los policías una lógica de resentimiento que por una cuestión moral los lleva a aplicar el principio de justicia, lo que permite los castigos aleatorios y las expediciones punitivas. Es decir, al pensar a los jueces como cómplices de los enemigos del orden social, los agentes se ven obligados y legitimados moralmente a “ponerlos en su lugar”. Ante esto, el autor pone en cuestión si tales acciones realmente son una desviación o en realidad forman parte de la norma que hegemoniza la lógica en el accionar de la fuerza pública. Esto último es, sin dudas, muy interesante para pensar cuestiones locales en torno a los casos de gatillo fácil o abuso de autoridad, en que tales aspectos en ciertas comunidades forman parte de la vida cotidiana.

Para concluir, entiendo que la obra de Fassin puede ser una, de muchas, puertas de entrada para pensar el rol y la función de las fuerzas policiales en las sociedades contemporáneas, más allá de que el autor focalice únicamente en las periferias parisinas. Analizar con tal exhaustividad una institución tan renuente a la observación científica y obtener las conclusiones que pudo obtener nutre a su trabajo de una importancia académica que no debemos ignorar. Con su análisis, podemos observar otro modo de aproximarnos a la institución policial, que a través del método etnográfico le permite explorar el marco explicativo que los mismos actores –los agentes de la policía– brindan a sus prácticas. En este sentido, Fassin no realiza un análisis centrándose en aspectos puramente institucionales o cuestiones prescriptas legalmente, sino que puede explorar lo implícito estudiando las perspectivas y experiencias de los funcionarios de la policía respecto de su acción en los barrios periféricos. De esta manera, puede aproximarse a “cómo piensa y actúa” el personal de la BAC, esfera independiente de lo que puede prescribir todo aspecto explícito normativo. Con su abordaje etnográfico, nos enseña otro modo de investigar la fuerza pública, en que el lenguaje –con el discurso belicista– y los rituales –controles de identidad– constituyen la materia prima del poder y hacen a la reproducción del orden social.

